

Concurso de microrrelatos: ¿"Quién es el dueño del aire?"

UN INICIO DIFÍCIL

Kaito era un niño que procedía de Mongolia, que dadas sus circunstancias de vida se tuvo que venir a vivir a VillaBocina, en España.

Era un niño muy responsable y simpático. Nunca había contado que su sueño era ser bailarín de ballet, bueno si que se lo había contado a alguien, a su hermana Yuna.

A los pocos días de mudarse empezó el colegio. Iba con ilusión y ganas de hacer amigos, pero se encontró con niños y niñas crueles. Crueles porque se metían con todo el mundo, tanto por el físico, color de piel... etc.

Todos menos Claudia, una excelente jugadora de fútbol sala.

Al llegar todo el mundo lo ignoró menos Claudia, que con tan solo intercambiar unas palabras conectaron enseguida, como si se conociesen de toda la vida.

Fueron pasando las semanas y salieron las listas de extraescolares del cole y... ¡había ballet!

Claudia siempre se apuntaba a fútbol y animó a Kaito a que se apuntara a ballet. Ese mismo día en la cena, Kaito se lo comentó a sus padres, se quedaron bloqueados al recibir la noticia, pero decidieron apoyar a su hijo en lo que le hiciera feliz y estaban orgullosos de él.

Al día siguiente se apuntó a la clase de ballet, y todo contento lo comentó en clase, y no solo sus compañeros, sino también algunos profesores se empezaron a reír. Se lo contó a Claudia y ella le animó a seguir adelante, puesto que a ella la había pasado lo mismo cuando se apuntó a fútbol-sala, ya que decían que era un deporte para chicos.

En la primera clase de ballet demostró lo que valía. La profesora se quedó sorprendida por la cualidades bailarinas de Raito, pero el resto de compañeras seguían apartándolo. Se fue feliz a casa porque había conseguido clavar los ejercicios de ballet, pero por otro lado triste porque no se sentía incluido en el grupo.

En la siguiente sesión, mientras estaban bailando, la niña más "popular" (Marina) se cayó al suelo y se hizo ~~daño~~. Todo el mundo se empezó a reír de ella menos Raito, que le ayudó a levantarse y le acompañó al centro de salud. Marina estaba muy agradecida hacia él. Desde ese gesto todo el mundo empezó a ver a Raito con otros ojos y desde entonces las cosas fueron mejorando en el colegio, tanto en las relaciones con los compañeros de clase como en su clase de ballet.

Raito creció feliz y hoy en día es un excelente bailarín.